

Manuel García Blanco

BALTASAR GRACIAN Y LAS LETRAS
ESPAÑOLAS CONTEMPORANEAS

A PENAS escrito el título de mi modesta aportación al centenario gracianesco, me apresuro a reducir el ambicioso perfil de su enunciado, acomodándolo a las verdaderas proporciones de lo que sigue, es decir, del contenido de estas páginas. No se me oculta el interés que el tema encierra —considerar lo que Gracián es para los hombres de pluma de nuestro tiempo—, pero he de confesar que la exploración propuesta se limita a unos cuantos nombres de escritores españoles de este siglo. Tal vez un día —formular propósitos es un sencillo e ingenuo arbitrio— me decida a apurarlo, pero hoy no me es posible hacerlo.

El primero de esos nombres es el de «Azorín», y declaro que a él me llevó el siguiente pasaje de Ramón Gómez de la Serna:

«Azorín, en su hora mejor, encontró a Baltasar Gracián, que tiene zumba humorística y que por sólo eso estaba embalsamado. Gracián exhumado resultó como esos seres que al abrir el sepulcro se muestran incorruptos. Con su enjundia de moralista y de disquisidor filosófico hay muchos otros grandes hombres literarios, y, sin embargo, no son resucitables como Gracián, que unió a su estilo el humor»¹.

¿Qué páginas azorinianas motivaron este comentario? Sin duda las que al jesuita aragonés le fueron dedicadas en el libro *Lecturas españolas*, aparecido en 1912 y reeditado en 1920. Detengámonos en ellas.

Se agrupan las primeras bajo el título de «Baltasar Gracián», y el comentario azoriniano se aplica a estos temas:

El estilo. — «El estilo del escritor aragonés es enérgico, apretado, jugoso. Durante mucho tiempo se ha tenido a Gracián

¹ En su libro *Ismos*, Madrid, 1931, pág. 223.

»por oscuro, laberíntico, ininteligible. Requieren sus trabajos
»una lectura detenida; pero no hay en la prosa de Gracián
»nada que falte ni que sobre para su comprensión total. Estriba
»el afán de nuestro autor en condensar en pocas palabras con-
»siderable doctrina; a la concisión lo sacrifica todo. En las dos
»sentencias siguientes se puede resumir toda la técnica literaria
»de Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno"; "más
»obran quintas esencias que fárragos"»².

La doble trilogía de adjetivos que «Azorín» dedica al estilo gracianesco es sobradamente expresiva. Hasta nos gustaría oponerlos uno a uno: Si enérgico, no es obscuro; si apretado, no es laberíntico; si jugoso, no es ininteligible.

Esta apreciación de nuestro moderno ensayista español nos gustaría también relacionarla con otra, debida a Menéndez Pidal, en la que se precisa qué es, qué representa la oscuridad para el escritor barroco. En ella compara a Góngora, que la concibe como promotora de una actividad especulativa aplicada al plano poético, como un anhelo de colaboración por parte del lector, con Quevedo, que también busca la colaboración de quien le lee por otro camino, por el del juego sutil de los conceptos, y si no quiere ser oscuro es porque le atrae más lo ingenioso; y, finalmente con Gracián. No aboga éste por la oscuridad; pero con más decisión que Quevedo, expresa su aversión por la claridad. Una sentencia suya es terminante: «Jugar a juego descubierto, ni es de utilidad ni de gusto». Y como el poeta cordobés, Gracián busca también el placer especulativo por el camino de lo difícil, el que nos marca su expresión «noticias pleiteadas». Por eso encarece la «agudeza»; y rinde culto a la concisión. «Háse de hablar como en testamento, que a menos palabras, menos pleitos»³.

Esta teoría de tres nombres, culterano el primero y conceptistas los otros dos, agrupados en una consideración del estilo del barroco, movió recientemente a Fernando Lázaro a puntualizar qué fuese esa dificultad conceptista, replanteándose el problema que la crítica literaria había limitado a discriminar: el culteranismo y el conceptismo. ¿Son realmente —se pregunta— nociones independientes, polares, enfrentables? ¿No habrá zonas de contacto entre ambos? ¿No hay en Góngora una base conceptista que es preciso analizar para medir su originalidad?

La respuesta a estas preguntas puede reducirse a ésto: Hacia

² AZORÍN, *Lecturas españolas*, (Edición aumentada) Madrid, Caro Raggio, 1920, páginas 85-92. (En lo sucesivo cito por esta edición).

³ R. MENÉNDEZ PIDAL, «Oscuridad, dificultad entre culteranos y conceptistas», en *Romanische Forschungen*, 1942, LVI, págs. 211-218, incluido más tarde en el volumen titulado *Castilla. La tradición. El idioma*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945, págs. 219-232. Colección Austral, núm. 501.

1600 se opera en la literatura española un cambio de enfoque trascendental en cuanto al modo de situarse el poeta frente al tema que celebra. El escritor renacentista tuvo una visión jerarquizada y unitaria; el escritor del barroco que le sucede opone a aquélla una contemplación caótica, dispersa, que le aproxima al modo de sentir del artista de la Edad Media⁴.

A lo cual añadiríamos otra reciente apreciación del estilo graciano, la de José Manuel Blecua, basada en la distinción que el propio Gracián hizo entre uno más amplio y demorado, al que llamó «asiático», y otro más ceñido, para el que reservó el adjetivo de «clacónico», que fué el que en definitiva eligió como más apropiado para los temas filosóficos y morales, en el que se vertería su afán sentencioso, en el que acertó a aunar el vivo ingenio y el juicio certero⁵.

He aquí cómo aquella temprana y acertada apreciación azoriniana sobre el estilo de Gracián ha sido ampliada por la crítica posterior, y al aducir sus observaciones hemos ampliado la mención que entonces hizo de las dos más conocidas sentencias gracianescas que resumen, en cierto modo, su técnica literaria.

Pero continuemos analizando el juicio de «Azorín».

El mundo y la sociedad de su tiempo. — «Para Gracián, —escribe—, tanto el mundo físico como el social son una lucha tremenda y eterna. El concierto que vemos en el universo está formado de oposiciones... Acción y reacción es la vida universal. Todo batalla contra todo: los elementos, los astros, los males y los bienes, los tiempos. A los viejos se oponen los mozos; a los coléricos, los flemáticos; los ricos, a los pobres; unos religionarios de una idea, a los religionarios de la idea opuesta. Y lo notable es que en esta variedad, antagonismo y choque de unas cosas con otras, halla precisamente el universo su conservación». (Págs. 86-87.)

Es muy de la sensibilidad del barroco, y el profesor Blecua lo puntualiza con ejemplos en el trabajo antes citado, ese empleo de contraposiciones, pues no en balde para la filosofía de su tiempo el mundo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos, los cuales, en otras ocasiones, uniéndolos o rechazándolos, gusta Gracián de ponerlos frente a frente mediante giros adversativos con «mas» o «pero».

⁴ Fernando LÁZARO, «Sobre la dificultad conceptista», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, tomo VI, 1956, págs. 355-386.

⁵ José MANUEL BLECUA, «El estilo de Gracián en el *Criticón*», en *Archivo de Filología Aragonesa*, Zaragoza, 1945.

La moral. — «Conocida cuál es la concepción que Gracián tiene del mundo y de la sociedad, fácil será deducir su moral. »[Aduciendo un pasaje del *Criticón*, la condensa "Azorín" en esta sentencia: "¡Dichoso tú, que te criaste entre las fieras!, y, ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre!"]. Dada «esta concepción moral de la humanidad —prosigue—, afirmando el implacable concepto de la lucha universal, no habrá para el hombre otro camino sino el de procurar sacar a salvo en la batalla la propia personalidad. Aquí, en este punto, se une la moral de Gracián con su política. En el *Oráculo manual* ha resumido su pensamiento el escritor aragonés. "Cuando no pueda uno vestirse la piel del león, vístase la de la vulpeja". Fuerza y habilidad: ahí estará la clave para lograr el triunfo en la contienda. Seamos impasibles: pongamos sobre todas las cosas nuestro propio bienestar». (Págs. 87-89.)

«Tal es la esencia del pensamiento de Baltasar Gracián —concluye "Azorín" en estas páginas de su libro—. Murió el pensador aragonés en 1658. Su arte literario admira por la condensación y la fuerza. Su ética de epicúreo intelectual es inadmisibile».

Esta apreciación última, muy cuestionable, le lleva a emparejar y oponer su figura con la de Cervantes. Para el ensayista contemporáneo, éste es «el hombre de los caminos, entregado a angustias y los azares de una vida precaria», mientras que Gracián «vive en su biblioteca, entre libros y antigüedades, seguro, placentero». Por eso considera, sin duda, a Cervantes como prójimo de los infortunados y de los oprimidos, y al escritor aragonés como más allegado a los ricos y bienhallados.

Y con una sensibilidad muy del 98, aunque no acepta las conclusiones morales que se deducen de su crítica social, admite «de buen grado los materiales de esa misma crítica social, de la cual pueden ser deducidas otras secuelas». Por ese espíritu crítico, «agudo, penetrante, inexorable, vivirá entre los ingenios más altos Baltasar Gracián».

El segundo escrito azoriniano albergado en este libro forma parte de la serie que lleva por título «Retratos de algunos malos españoles y de un mal español honorario», galería integrada por los nombres de Fray Luis de León, Lope de Vega, Cervantes, Gracián, Moratín, Larra y Teófilo Gautier, que justifican lo irónico del epígrafe que los cobija, surgido de un libro entonces publicado sobre la psicología del pueblo español, impregnado de un patriotismo de pirotecnia.

La breve semblanza del jesuíta aragonés ocupa apenas dos páginas, y a ella pertenecen estos conceptos:

«Gracián, desde luego, es un mal español; esto no se discute.
 »Todos los vicios y corruptelas de España están estampados
 »en su *Criticón*. Abomina el maestro de las guerras y de los
 »despilfarros que nos han llevado a la decadencia. Espíritu
 »frío, sutil, su regodeo son los libros. Nos lo figuramos con-
 »templando los hombres y las cosas con una ligera sonrisa de
 »indulgencia. Liga en el espectáculo del mundo las secretas
 »causas con los efectos, y por eso es lo que en el día llamamos
 »un "determinista". El determinismo es llevado por él a la
 »filosofía de la historia. "Todo móvil instable —escribió—
 »tiene aumento y declinación". Es decir, todo lo que esplende
 »decae. No hay nada que detenga el auge ni el descenso». «Nos espanta —concluye "Azorín"— el profundo antiespañolismo de la teoría gracianesca. De modo que si es fatal, inevitable, la decadencia, ¿qué podremos hacer para evitarla? De modo que españoles y antiespañoles, unos con nuestra crítica y otros con sus loanzas, ¿todos quedaremos a la misma altura ante las vueltas y revueltas de la inquieta rueda? Y Gracián, sutil, fino, nos mira a unos y a otros y sonrío con una ligera sonrisa de ironía». (Págs. 251-252.)

Al aparecer el libro de «Azorín», cuyas páginas sobre Gracián acabamos de espigar, mereció un largo comentario de Unamuno, que con el mismo título que aquél, *Lecturas españolas*, vió la luz en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 27 de abril de 1912⁶. En él se refiere al autor y al íntimo animismo y melancólico pesimismo que informan su obra. «Ese su íntimo animismo —añade—, de tan castiza cepa española, es el que le lleva a dar al hombre, al hombre vivo, concreto e indefinible, primacía sobre la ley escrita y abstracta. Lo cual no es en el fondo sino un pragmatismo como lo era el de Maquiavelo, el de nuestro Baltasar Gracián, dos de los ingenios a quienes «Azorín» más admira y de quienes ha aprendido más».

En 1920, al aparecer la edición aumentada de *Lecturas españolas*, publica de nuevo Unamuno dos escritos dedicados a Gracián. No consta en ellos que fuesen dictados por esta obra, pero la cronología de aquél y de éstos permiten suponerlo. Y en todo caso, lo que es indudable es que ambos nacieron de una lectura del *Criticón*, llevada a cabo por aquellas fechas.

Se titula el primero de estos escritos *«Leyendo a Baltasar*

⁶ Fechado en Salamanca, marzo de 1912, lo incorporé al tomo I de mi *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Sudamericana, 1950, y luego pasó al volumen V de *Obras Completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1915, págs. 112-115.

Gracián» y vió la luz en el semanario madrileño *Nuevo Mundo*⁷ y, como justificando tal epígrafe, estas palabras liminares: «pero en estos días de sofocante calor —hoy, día de San Juan—, ¡qué paseo más grato que, estándose a la sombra y en una refrescante corriente de aire, recorrer las tres partes del *Criticón*, oráculo de engaños!».

Las anotaciones surgidas de esta lectura unamuniana de la obra capital del conceptista aragonés se condensan en lo que sigue:

Su extensión, quita mucho a su profundidad; y los juegos de palabras, no de conceptos, que en ella pululan, empañan su belleza. [Una larga teoría de frases elegidas sirven de base e ilustración de este juicio]. Pero no es por ahí por donde se encamina la pesquisa unamunesca. Lo esencial de ella está adscrito al pesimismo graciaresco, a su amargura, que es lo que da sabor a sus conceptos. «El que quiera tomarlos con azúcar, —precisa— no sabrá nunca de su verdadero sabor».

También ilustra el autor de estas páginas este pesimismo de Gracián con algunos pasajes suyos, y la consideración de aquél —es natural— le lleva a asociar su nombre al de Schopenhauer, primero, y al de Nietzsche, después.

«Por algo Schopenhauer tenía a Gracián por su autor predilecto, llamándole «mi Gracián» (*mein Gracián*), y suyo se lo hizo al traducirlo. *Mein Liebling-Schriftsteller*, «mi escritor favorito», le llama, en efecto, en una carta a Keil».

La asociación con Nietzsche, que Coster consideró presumible, y a ello se refiere exclusivamente don Miguel, la había intuído ya en 1900 «Azorín» leyendo el *Oráculo manual*, y hoy puede seguirse el curso de ella en trabajos como los de André Rouveyre y Víctor Bouillier.⁸

Pero volvamos al pesimismo de Gracián interpretado por Unamuno.

«¿Pesimista?, escribe éste.— En el sentido vulgar, el que le dan los cobardes, los atrágicos —y aun antitrágicos—, sí; »Gracián tiene que resultar pesimista; pero el hombre que escribió: «¿dónde irá uno que no guerree?», no era pesimista, no, no lo era. Porque lo pésimo es la paz de los optimistas, la paz de los pacíficos. La paz de los guerreros es ya otra cosa».

⁷ Madrid, 23-VII-1920, incorporado también a los volúmenes citados en la nota anterior.

⁸ *El español Baltasar Gracián y Federico Nietzsche*, Madrid, Ediciones Bibles, s. a.; traducción española de Angel PUMAREGA, que en el anteproyecto se refiere a varios ecos españoles modernos de la obra de Gracián.

La otra apreciación unamuniana de la obra de Gracián se encamina, como la de «Azorín», hacia su juicio del español de su tiempo, al que tuvo por soberbio y petulante, en una trayectoria que viene de muy lejos.

«Hablando de aquella petulancia que se atribuye a Alfonso »el Sabio de Castilla, de que si Dios le hubiese consultado al »hacer el mundo, éste habría salido mejor, dice el jesuíta: «no »fué tanto efecto de su saber cuando efecto de su nación, que »en este achaque de presumir aun con el mismo Dios no se »modera». Y esto lo repite de varios modos».

Al final de este escrito, y después de ponderar esa acumulación de apólogos y alegorías, de parábolas y paradojas, que pueblan el *Criticón* y que cada lector traduce e interpreta como más le guste, advierte Unamuno que es mucho más lo que hay en la selva gracianesca.

Por eso, seguramente, pocas semanas más tarde apareció un nuevo escrito suyo en el semanario argentino *Caras y Caretas*, cuyo tema es también la obra de Gracián, bajo el siguiente título «¡Admirable todo!». ⁹

Responde éste a una vieja preocupación unamuniana, revelada ya en los primeros años del siglo en un artículo ante el cual puso este epígrafe: ¡*Omne mirari!*!, y en el que defiende la necesidad de admirarse por todo. Esta postura la encuentra ahora confirmada al leer la obra de Gracián, que había escrito esto: «El no admirarse procede del saber en los unos, y en los más del no advertir», lo que comenta así:

«Pero yo, que si no soy jesuíta no me falta mucho de concep- »tista, creo que hay quienes, como los supuestos salvajes y los »niños, si no se admiran de nada es porque para ellos todo es »admirable, esto es: milagroso. Porque el milagro, *miraculum*, »es lo que se admira. Y el precepto latino a los sabios, aquel »de no admirarse de nada —*nihil mirari*— se dirige a los »que, por imaginarse neciamente que saben la razón de algo »que ignoran, no saben el por qué de cosa alguna, y no se »admiran. Que es lo propio de los que se enjuagan la boca »con la palabra Ciencia —así, con mayúscula— y se romadizan »la sesera con su vaho».

Y saliendo al paso de los que pudieran objetarle si esa actitud es mantenible ante la novedad, escribe esto:

⁹ *Caras y caretas*, Buenos Aires, 23-VIII-1920: igualmente incorporado a los volúmenes de escritos suyos citados en la nota 6.

M. GARCIA BLANCO

«En cuanto a la novedad, mira, mi descontentadizo lector y
»amigo, riete de las novedades de la mecánica que los sabios
»traen de vez en cuando a éste que nuestro Gracián llamó
»«plausible Teatro del Universo», y créeme que lo más nuevo
»sería lo más viejo».

Pero a pesar de esa confesada porción de conceptista que Unamuno proclamó de sí mismo, de su entusiasmo por Quevedo, y en menor parte por Gracián, a pesar de que él mismo practicó la logomaquia y el juego brillante de los conceptos, no vaciló alguna vez en expresar su escaso apego por el conceptismo expresivo de *El Criticón*.

* * *

En 1925 aparece otro libro de «Azorín», que lleva por títulos *Los Quinteros y otras páginas*¹⁰. Entre éstas hay varias encabezadas por este epígrafe: «Imitación de Gracián». Hasta el final, como ya es uso en nuestro ensayista, no descubrimos su justificación. Se trata de un comentario surgido de la lectura del libro del humanista y escritor mejicano Alfonso Reyes, el titulado *Visión de Anáhuac*, uno de los más famosos de los suyos. No sabemos la fecha precisa en que este comentario vio la luz, pero muy posiblemente después de 1923, ya que, según el propio Reyes nos informa¹¹, es en el verano de este año cuando «Azorín se va sintiendo ganado por las letras americanas.

A pesar del título de estas páginas azorinianas el nombre del jesuita aragonés no vuelve a aparecer a lo largo de ellas. ¿Dónde, pues, la imitación gracianesca? En esa evocación, sin duda, que el escritor mejicano nos brinda de la Nueva España, vista a través de la sencilla condición humana de los robinsones blancos que a su naturaleza se asoman y de los cobrizos que ya estaban en ella. Estas palabras de su ensayo creo que nos lo confirman:

«Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido.
»Ante nuestros ojos se extiende un panorama de campos y
»ciudades que no conocíamos. ¡Qué pensar de esta remota ci-
»vilización! ¿Cuál debe ser la actitud de nuestro espíritu ante
»este magno problema de la historia? Españoles y americanos
»tenemos nuestros antecesores en los hombres que pacientemente,
»mente, a lo largo de los siglos, han labrado una civilización...

¹⁰ Madrid, Editorial Caro Raggio, 1925, págs. 133-142.

¹¹ *Los dos caminos*, Cuarta serie de Simpatía y diferencias, Madrid, La Lectura, 1923, «Apuntes sobre «Azorín»; V. «Azorín» y los escritores de América», véase la nota de la página 34.

»Son éstos, y no otros, nuestros verdaderos antecesores», págs. 140-141).

Pero las páginas más originales y llenas de íntimo sentido que «Azorín» escribió sobre el jesuíta aragonés cuyo centenario se conmemora este año, creo que son las que contienen la curiosa semblanza que con el título de «El Padre Gracián» dió a conocer en el semanario madrileño *Blanco y Negro*, de 31 de marzo de 1929.¹² Hoy figuran en la galería de escritores españoles que él mismo ha bautizado como la de «Los clásicos redivivos».

Poniendo en juego una nota de antihistoricismo que las tan viva en su teatro, jugando una anulación del tiempo pasado que le hace insertar figuras remotas en escenarios presentes —recuérdese su auto sacramental *Angelita*, o la obra dramática *La casa encantada*, en la que asistimos a las discusiones de Cervantes con los poetas de hoy acerca de la poesía, imagina «Azorín» que Baltasar Gracián es un escritor rigurosamente contemporáneo, «de cincuenta y cuatro años, »autor de varios libros, con residencia en Madrid, en la calle de Zorri- »lla. Fechas de las publicaciones: 1923, *El Criticón*; 1924, *Agudeza y »arte de ingenio*; 1925, *El Comulgatorio*; 1927, *El Héroe*. Y, aparte »de estas obras, otras pequeñas publicaciones. Y su colaboración »constante en la revista de la Compañía, *Razón y Fe*. Razón y fe; »he ahí los dos polos entre los que ha girado toda la actividad cerebral »de Gracián. Pero dentro de esos dos términos ¡cuánta variedad, »cuántos accidentes, cuántas tragedias íntimas!. Razón y fe; es de- »cir, Paúl Valery y Henri Bergson. ¿Va comprendiendo el lector »toda la aventura, todo el peligro, toda la temeridad de este singular »pensador?».

Hasta se refiere «Azorín» al revuelo y escándalo que motivó la publicación de *El Criticón*, bien que situándola en 1923, e imaginando que en la polémica toma parte la prensa.

«El escándalo de 1923; hablemos de él. ¿Cuál fué el verdade- »ro motivo de esa algarada en la Prensa, en la de la derecha, »principalmente; en la de la izquierda también? El intelectua- »lismo exagerado —racionalismo— de *El Criticon*. Pero Gra- »cián no ha sido fiel al intelectualismo de Valery; en el mis- »mo *Criticón*, si prefiere a Valery, hace salvedades impor- »tantes y elogia a Bergson. Y, sobre todo, un fondo de censuras »a literatos españoles —que no necesitamos nombrar—; él »pone por encima de todo a Marcel Proust. Esas censuras a »escritores españoles —y de los más calificados— ¿podrán

¹² Incluido hoy en su libro *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945, Colección Austral, núm. 551, págs. 70-74.

»haber sido la causa también del escándalo producido por el
»libro? Parte han tenido en la trifulca».

Y así sigue «Azorín» actualizando el pensamiento y la obra de Gracián. Hasta a la acusación que se le hizo de que su «isla de la comunidad», que es una utopía en el sentido de la Tomás Moro, era un anticipo de la sociedad comunista, olvidando el tratado que el obispo francés Fenelón había escrito para el hijo de Luis XIV. Y como consecuencia del que llama el escándalo de 1923 supone a Gracián viajero por España, América y Oceanía, tan fecundo para la estética, pues que de su periplo trajo el relativismo de la *Agudeza*. No se olvide, y ésa es la base de apreciación azoriniana, que este libro es como una geografía del conceptismo.

Y reinstalado de nuevo el escritor aragonés en su tiempo, he aquí las tres categorías que acertó a ver en la consideración de ese hecho literario, tal como «Azorín» las establece:

«Primera categoría: conceptismo de palabras; ése es el conceptismo de Quevedo, por ejemplo. Segunda categoría: conceptismo de sensaciones; y ése es, a veces, no siempre, en dichosísimas ocasiones, el conceptismo de Góngora. Tercera categoría: el conceptismo de teorías; tal es el conceptismo de los modernos ensayistas».

Con análoga precisión establece nuestro escritor contemporáneo cuáles son los elementos que han de entrar en una consideración de la figura de Gracián:

«Al estudiar a Gracián —escribe— debemos tener en cuenta los siguientes elementos: primero, la moral; después, la sociología y la política; por último, la estética».

Este programa lo había él mismo cumplido en parte en el primero de los escritos suyos que analizamos más atrás ¿Y los restantes, sobre todo el último?

De los varios escritos azorinianos próximos al que acabamos de comentar, elijo el titulado «Figurería», que vió la luz en el diario madrileño *ABC*, hacía 1930. Tal palabra es el equivalente hispánico de «esnobismo», con grafía ya romanceada. Y en *El Discreto*, de Gracián, hay todo un capítulo que se titula «Contra la figurería».

«En ese capítulo —apostilla Azorín— está definido con toda precisión el esnobismo; el tal esnobismo es la figurería. Figureros, los que se apasionan de la novedad misma. Señor

»hay —dice Gracián— que pagaría el poder hablar por el colodrillo. Condición esencial del figurero es la de no saber si
»la novedad es buena o mala; el figurero no distingue lo bueno de lo malo; le basta con que la cosa sea nueva. Baltasar
»Gracián da, entre otros remedios para atajar la figurería, el
»de la cordura. Un momento, querido P. Baltasar; su paternidad ha dicho en el *Oráculo manual* lo siguiente: Un grano
»de audacia en todo es importante cordura. Luego si
»la audacia es cordura, los figureros son cuerdos de pies
»a cabeza. No condenemos con tanta expedición y premura a
»nuestros buenos y simpáticos amigos».

Se complace «Azorín» en señalar cómo es esencial para la figurería el lenguaje. Y éste está sujeto a las veleidades de los tiempos. Si Quevedo pudo trazar el laberinto de las ocho palabras, eligiendo, para ponerlas en la picota, las más empleadas por los cultiparlantes de su época, «Azorín», en nuestros días, traza un laberinto análogo, espigando otras tantas de las que hoy —un hoy de hace casi treinta años— comenzaban a tener carta de naturaleza en las letras. ¿Ha de ser condenado su empleo? Y aquí de su maestro:

«Tener audacia es ser cuerdo; lo ha dicho el maestro Gracián. Los figureros son audaces; marchan a la cabeza de
»todos en su amor a lo nuevo. No los condenemos; no saben
»ellos si eso nuevo que propugnan con pasión es bueno o
»malo; pero, gracias a ellos, se acostumbra la gente a soportar lo nuevo. Los figureros abren el camino de las innovaciones estéticas; ellos gritan, y los artistas, calladamente, van
»realizando su obra».

* * *

Más textos azorinianos en torno a Gracián pudiéramos aducir, pero para nuestro propósito son bastantes los considerados. Una pesquisa semejante pudiera hacerse con otros escritores españoles contemporáneos, para descubrir lo que en ellos alienta de su compañero aragonés del siglo XVII. Tal vez esa huella no sea comparable a la que dejó impresa en la ingente tarea de «Azorín», que desde aquellos artículos suyos en *El Globo*, aparecidos en 1902, en los que bautizaba a Gracián como un Nietzsche español, hasta tiempos más cercanos a nosotros, ha tenido siempre presente al escritor aragonés y a sus libros. Considerándolo incluso inserto en su comarca nativa.

«Sobre un fondo rudo, del Aragón áspero y montuoso, un
»gusto delicado, penetrante, incisivo, por todas las ideas, por
»todas las manifestaciones de la inteligencia. Imposible de se-
»guirle con reposo y de fijar sus ideas en un simétrico y de-
»finitivo ideario con esta su renovada, voraz, inacabable ape-
»tencia de libros nuevos, de ideas nuevas, de sensaciones nue-
»vas».

Y es que una vez más «Azorín» ejercitó respecto a Gracián lo que su pluma venía haciendo con nuestros escritores clásicos: sacarlos del olvido para vivificarlos dotándolos de actualidad, de renovada permanencia. «Clásicos redivivos», los llamó él mismo un día, y ésta es, sin duda, la mejor manera de honrar su memoria, hasta en ocasiones como la presente en que el rigor de un calendario nos advierte que el día 6 de diciembre de 1658, esto es, ahora hace tres siglos, se extinguía el hombre Gracián, dejándonos su espíritu en vilo. Para siempre.